



A MODO DE PROLOGO O ZAGUAN DE LA FERIA Y FIESTAS, 1.990

Decir Daimiel, es asomarse a la blanca quietud de un pueblo, varado en la llanura, que se yergue y se afana por conseguir un porvenir prometedor, sin dejar de nutrirse con la savia de sus raíces más profundas.

Daimiel, milagro de agua entre yermitudes y soledad candente de cardencha y somerales, mar escondido y resurrección de Guadiana; tarayes, islas, marjales, enneas, masiegas, juncos, ánades y alcarañes de las Tablas, enverdecido el mapa de España; el recuerdo del puente Navarro, de Griñón, de Molemocho de Zuacorta, donde muchachos impasibles tostaron junto al río su pura desnudez en el verano, donde el Guadiana adquiere su madurez y su sensatez —el río más sorpresivo y más fiel que, desde aquí, atravesará y nutrirá Extremadura, se internará en Portugal y que luego, incapaz de desamores, tornará a España, para morir entre dos fronteras, en ese mar del que partirían las tres carabelas para el alumbramiento de un Nuevo Orbe—.

Decir Daimiel, es enraizarse en la Historia, en las Motillas, atalayas prehistóricas; citarse con bustos y capiteles romanos, con batallas medievales en Barajas, con caballeros calatraveños, con el Castillo de Santa Catalina, alrededor del cual se iría formando un pueblo sacrificado y laborioso, o con las ventas de Villamiel.

Decir Daimiel, es contemplar la pureza del zafiro transparente del aire; carcasas de vencejos, enloquecidos, al anochecer; las campanas de las torres de Santa María y de San Pedro, envolviendo la ciudad, mientras los árboles retornan un imperioso olor a adolescencia. Y el Parterre y los paseos del Carmen y la Plaza bulliciosa y varada, y un patio entrañable con un pozo y una parra, y la Casa de los Cantos Gordos reverberando en el ayer.

Daimiel es la noria árabe donde el agua como en un rosario monótono se asoma a la luz; y es el huerto y el olivo, el majuelo y el mar de trigales y el arrozal y los riegos por goteo y por aspersión. Es el esfuerzo milenario del campesino, siempre desesperando en la esperanza, pero al que nunca le faltó la fe. Es el campo desagradecido y también el pueblo —más industrial que industrial— que supo, hace más de un siglo y al amparo del ferrocarril, alzar torretas y chimeneas, construir almazaras, bodegas y alambiques, tratando —sueño aún no conseguido— de industrializar su agricultura.

Decir Daimiel, es citarnos con la religiosidad más profunda en una época en la que la falta de fe lleva al hombre a la insolidaridad y al desencanto. Daimiel celebra una de las Semanas Santas más significativas de toda Castilla-La Mancha, traída hasta nuestros días a través de las arterias de la tradición más sentida y verdadera. Y Daimiel es estancia, trono y corona de la Virgen de las Cruces, síntesis de los afanes y las esperanzas del pueblo, de su pasado, de su presente y de su futuro.

Decir Daimiel, es dirigir la mirada al asombro de la infancia y a los cálidos e irrepitibles años de la juventud para contemplar un paisaje entrañable, y ver éste reflejado en los niños y en los jóvenes de hoy, que sueñan y se afanan por un porvenir que Dios quiera sea —pese a todos los obstáculos— tan dilatado e infinito como la llanura manchega, sin renunciar por ello al fulgor de sus raíces.

PASCUAL-ANTONIO BEÑO GALIANA